

dose de sí misma y de su pasado, ella, que tiene la misión de ser la tesorera en la tierra de los divinos secretos y gracias, se dejase llevar a favorecer ese vergonzoso movimiento! A tan baja obra la incitan ciertos viles demagogos. Quisieran éstos que la Iglesia representara el papel de una vanidosa y mundana judía, que, volviendo la espalda a su progenie, fomentase la aversión a ellos y se hiciese antisemita, pudiendo olvidar que ha sido semita y lo sigue siendo. También en la patria de Renán, se hizo la Iglesia aliada del antisemitismo en los días del asunto de Dreyfus; también entre los laicos de Francia, chapoteaban en el mar del antisemitismo algunos que nada tenían que perder, bajo la dirección de Drumont y del marqués de Morés. En cambio, se dejaron elevar muchos a las alturas puras de Sión con el magnífico cicerone Ernesto Renán, a esas alturas donde se dió la Magna Carta del reino de los cielos. A él fluían el judaísmo y el cristianismo unidos: los principios del cristianismo no eran tanto para él el fin del pueblo de Israel como la historia del pueblo de Israel era el principio del cristianismo. Ha vivido de manera feliz en sus obras, finalmente en la historia del Pueblo de Israel. ¿En qué categoría lo colocaré para las generaciones futuras? ¿Lo llamaré clásico o romántico? Con lo romántico de la patria bretona, se entrelaza el clasicismo de la Biblia.

Era como un fraile del libre pensamiento. Si hubiera un Montecasino o una Gran Cartuja del racionalismo, hubiera entrado en tal claustro nacido del espíritu del siglo pasado, y vestido el hábito del escolapio. Veía en la iglesia a su nodriza y en el escepticismo a su maestro; se puso a resolver enigmas, cuando despertó por la mañana y al llegar la noche sin haberlo resuelto, se refugió en las suaves sombras de la religión. Había querido hablar más a los corazones que a las inteligencias; era su más alta ambición escoger en sus propias obras bastantes perlas, para ensartarlas y verlas en las manos de las bellas mujeres como rosario de devoción filosófica.

Las mujeres lo amaban, lo acompañaron a esta tumba y esparcieron perfumes y nardos en ella. Su patria, Francia, y todos los Estados del Mediterráneo, donde la religión celebró sus más altos triunfos, se lamentaron a su muerte del esclarecido ciudadano del mundo.

Si lo que parece sin vida vive, a la noticia de su muerte correría aún más triste el Jordán por su lecho, los cedros del Líbano susurrarían con pesar que había muerto un príncipe del reino de los espíritus, volarían canciones fúnebres sobre los sauces y los arroyos de Babel, se amontonarían gentes en el Sinaí y el Monte de los Olivos, el mismo cielo lloraría por el hijo amado que había entendido su lenguaje como pocos en sus días. Y el genio de Sión tocaría las cuerdas y lanzaría al revelador poético de las revelaciones, que murió y será inmortal, la «jaleluya!».

(La Nación. Buenos Aires).

Las hermanas tutelares

ENRIQUETA RENAN

(A través de la correspondencia fraternal, de 1842 a 1845).

I

LA correspondencia epistolar sostenida entre Ernesto y Enriqueta Renán, desde 1842 a 1845, estando él en Francia y ella en Polonia, abarca el período capital de la vida del gran escritor: el de su ruptura con la Iglesia. La elaboración de aquel dramático proceso en el espíritu del seminarista está contenida en esas cartas que retratan sus estados progresivos y constituyen un documento inapreciable para la historia de su pensamiento. Pero el drama tiene dos personajes, y el segundo aparece tan profundamente vinculado a todas sus alternativas, que si por una de esas circunstancias comunes que dejan lagunas insalvables en la biografía de los grandes hombres, no hubiésemos conocido su voz, retrocedería, acaso, hacia una penumbra misteriosa, prolífica en sugerencias contradictorias, la figura del protagonista, hoy clarísima a la luz del epistolario fraternal.

Dotada de heroica voluntad y consciente de la abnegada misión que la vida le imponía, Enriqueta Renán, sacrificándose por la madre y el hermano pequeño, dejó su hogar y su tierra bretona a los veinte años. «Ser útil a quienes amo, consagrarles todas mis fuerzas, reservarles todas mis afecciones, tales son los primeros móviles de mi vida, el interés que nunca olvido y que vuelvo a encontrar, con la misma vivacidad, bajo todos los climas»—léese en una de sus cartas. Maestra en París, primeramente, donde sufrió el aislamiento de las grandes ciudades, y luego, durante ocho años, institutriz en Polonia, sólo el amor a los suyos, auxiliado por la energía de un carácter viril y la convicción de un alto deber, pudo darle, en verdad, fuerzas suficientes para sufrir la soledad y la expatriación. Era doce años mayor que Ernesto, y al partir para Polonia lo había dejado en el seminario de París, del cual pasó más tarde al de Issy. El proceso espiritual de la conversión del futuro historiador religioso, en el momento crítico que definiría su vida, se produjo, pues, durante la ausencia de Enriqueta. Pero la enorme distancia estrechó aún más sus almas, como lo demuestra esa correspondencia sin la cual no hubiesen podido vivir: «Releo y abrazo una vez más tu carta, mi bueno y mil veces querido amigo, esta carta esperada largamente y recibida al fin con tan viva alegría. Mi corazón sólo existe en mi correspondencia; cuando le falta este alimento, mide con duplicada amargura la inmensa soledad que le rodea...» «Adiós, mi buena y querida Enriqueta; aun cuando nos separe todo el universo, yo no te amaría menos, tu pensamiento no estaría menos presente en mí, a cada instante...»

Al ritmo común de sus corazones respondía, asimismo, el de sus espíritus. Pero la vida había impreso ya una diferencia de tonalidad en el de Enriqueta, y el unisino perfecto no se produjo hasta más tarde. La joven bretona que antes de alejarse del hogar acariciara la idea de recluirse en un convento, había perdido su fe católica en los caminos del mundo, lo que no autoriza a pensar que hubiese dejado de ser cristiana. La vocación eclesiástica del hermano sorprendióla, pues, en una disímil posición espiritual, agravada por la expatriación, que no le permitía auscultar el pensamiento del seminarista sino a través de sus periódicas confesiones epistolares. Nunca, empero, hizo uso de la ascendencia que ejercía sobre aquél, para desviarlo de su senda. Con maravilloso tacto que da pruebas de admirable sensatez y con una serenidad sin tropiezos que exalta su actitud a nuestros ojos, ahora que conocemos las inquietudes que atormentaban su vigilancia maternal, estimuló el desenvolvimiento del espíritu crítico del hermano, procurando que, antes de la decisión irrevocable, advirtiera él, por sí mismo, qué había de espejismo y qué de convicción en su resolución vocacional. «Mi primer deber, mi primer deseo, es dejarte en plena libertad para todas tus decisiones... Yo te diré todo aquello que me parezca merecer tu consideración: tú permanecerás luego enteramente libre para decidir lo que quieras; yo no he comprendido jamás a los consejeros que se disgustan si no se siguen sus pareceres». Nada más claro, para definir su conducta, que esas palabras que traduzco de una de sus cartas.

II

EL amor al estudio y a la reflexión llevó a Renán, adolescente apenas, a vislumbrar, en la carrera eclesiástica, el refugio que soñaba. Sus primeras cartas del epistolario fraternal lo expresan sin reserva; pero se advierte inmediatamente la confusión de su espíritu: la tendencia a una vida retirada y tranquila tomaba en él las apariencias de vocación religiosa. «He creído descubrir con certeza—escribía a los 19 años, desde el seminario de Issy— que no estoy hecho para vivir en eso que vulgarmente se llama mundo, o sea en círculos y salones. Es preciso tener para ello todo lo que no poseo, y todo lo que tengo es allí completamente inútil. Por otra parte, mis gustos lo rechazan. Yo no he nacido para frivolidades y tonterías, y he creído notar que ese mundo, puesto que hay que llamarlo así, componiase de ellas... Semejante vida, en la cual no se piensa ni reflexiona ni se vive un momento consigo mismo, es pues, incompatible con el fondo de mi ser. Esto sentado, debo mirar como cerrada para mí toda carrera que